

Palabras del postulador de la causa de canonización de Enrique Shaw
(Juan G. Navarro Floria) en la sesión de clausura de la fase diocesana

Buenos Aires, 19 de septiembre de 2013

Hoy estamos reunidos para poner fin a la etapa de Instrucción Diocesana, de la causa de canonización del Siervo de Dios Enrique Ernesto Shaw.

Se cierra una etapa de un proceso que continuará ahora en Roma. Una etapa que a muchos nos pareció en algún momento demasiado larga, pero que al cabo no puede menos que parecernos providencial en sus tiempos y desarrollo.

Es que la causa de canonización de Enrique, fue iniciada por decisión del entonces arzobispo de Buenos Aires, cardenal Jorge Bergoglio, y ahora le toca a él mismo, al Papa Francisco, recibirla en su nuevo oficio de Obispo de Roma para que allí se cumpla la etapa final. En esta causa intervino activa y –yo diría-, entusiasta y amorosamente, Mons. Mario Poli, y ahora ya como Arzobispo de Buenos Aires le cabe la gracia de presidir esta sesión de clausura.

Y esta clausura ocurre en un tiempo providencial, cuando la Iglesia que peregrina en la Argentina acaba de vivir la alegría de la beatificación del querido Cura Brochero, que con su vida y testimonio ilumina tan fuertemente la vida y la misión de los sacerdotes. Y hay ya en los altares o en camino a ellos varios religiosos y religiosas que con su ejemplo iluminan a la vida consagrada.

Y a ellos está ya en camino de sumarse Enrique, laico, esposo y padre de familia, empresario. Hombre de nuestro tiempo y de nuestra Patria. Un santo de traje y corbata, con anteojos y que andaba en motoneta y en avión, al que muchos de los aquí presentes conocieron en su vida cotidiana. Un testimonio vivo y entusiasmante de que la santidad es posible en el mundo

de hoy, también en el matrimonio, en la paternidad, en la actividad profesional y social.

Celebramos este acto de profundo contenido eclesial, por decisión del Señor Arzobispo, en esta Pontificia Universidad Católica Argentina. No es una decisión caprichosa. Esta obra también es, en alguna medida, fruto del trabajo y el entusiasmo de Enrique, que participó de su fundación y de su primer consejo de administración.

Por distintas razones son muchas las personas y las instituciones que se asocian hoy a este momento.

En primer lugar, la familia de Enrique. No debe ser demasiado frecuente que sean testigos directos de una causa de canonización los hijos y los nietos de un Siervo de Dios, carne de su carne y sangre de su sangre. Y estamos seguros que desde el cielo hoy también se alegra Cecilia, su querida esposa, que acompañó intensa y discretamente este proceso, y que con él formó esa extensa familia de nueve hijos, incluso un sacerdote misionero en África que hoy está también aquí presente. A lo largo de su vida, tan corta y tan intensa, Enrique hizo muchas cosas. Tantas, que asombran. Pero me animo a pensar que más que cualquiera de sus trabajos, para él su familia fue la más importante de sus obras; y por eso su figura es ejemplar para tantos laicos, padres y madres de familia, que podemos encontrar en él la confirmación de que también en este estado de vida la santidad es posible y es una vocación.

Se alegra y se asocia a este momento la Asociación Cristiana de Dirigentes de Empresa, ACDE, de la que Enrique fue fundador y primer presidente. Si algo define a Enrique es su condición de empresario, y acaso esté llamado a ser el primer empresario en el sentido moderno del término, llevado a los altares. Acaso eso sólo baste para darle una dimensión universal a esta causa, como expresión concreta del llamado universal a la santidad que proclamó el Concilio Vaticano II. Concilio que Enrique no llegó a vivir, pero que de tantas maneras anticipó en su pensamiento, en su palabra y en su acción, como un verdadero adelantado a su tiempo. No puedo dejar de

señalar que ACDE ha sido y es actora y promotora de esta causa, un caso seguramente también único en la Iglesia, donde una institución absolutamente laical asume esa responsabilidad.

Se alegra y se asocia a este momento la Acción Católica Argentina, en la que Enrique militó, se formó, y fue dirigente. Militancia que le valió incluso la cárcel en momentos aciagos de persecución religiosa, que él afrontó con valentía y con ejemplaridad.

Enrique Shaw fue un argentino cabal, que sirvió no sólo a la Iglesia sino también a la Patria de muchas maneras. Con apenas quince años decidió unirse a la Marina de Guerra, donde tuvo un desempeño destacado pero, sobre todo, dejó un recuerdo imborrable de testimonio cristiano en un medio a veces hostil a la fe o a su expresión pública. Podría haber hecho carrera en la Armada, pero descubrió que su vocación era otra. Se sintió llamado a ser obrero, pero como fruto de un discernimiento profundo y cuidadoso descubrió que era como empresario como mejor podía evangelizar ese mundo del trabajo. Claro que no fue un empresario cualquiera, sino uno particularmente comprometido con los hombres y mujeres que trabajaban con él, sintiéndose uno de ellos y, lo que es más importante, sintiendo ellos su especial cercanía, como tantos han testimoniado.

Cómo no dar a gracias a Dios por haber suscitado una figura tan extraordinaria entre nosotros.

Y este es también tiempo de otros agradecimientos, a tantas personas que han colaborado a lo largo de estos años para llevar adelante este proceso. Quisiera recordar solamente a una, el primer postulador, Juan Cavo, y en él al grupo de socios de ACDE que impulsó inicialmente la causa, y hasta el día de hoy. Sería muy largo mencionar a tantos otros que han puesto su esfuerzo, su trabajo y su ciencia para reunir todo este precioso material que hoy ofrecemos a la Iglesia universal. El Señor sabe qué es lo que cada uno hizo, o dejó de hacer, en este largo camino.

Este proceso se inició formalmente el 17 de diciembre de 1999 para recoger los testimonios de quienes habían conocido personalmente

al Siervo de Dios. Posteriormente se cumplieron los distintos pasos que marca el Derecho Canónico, para llegar a la apertura formal de la causa que, después de obtener el Nihil Obstat de la Santa Sede, dispuso el cardenal Jorge Bergoglio el 25 de agosto de 2005.

En esas dos etapas se reunieron ciento treinta cuatro testimonios de la fama de santidad de Enrique Shaw, presentados por obispos, sacerdotes y laicos, empresarios, marinos, obreros, empleados, familiares, a lo largo de cincuenta y cuatro sesiones. Muchos otros testimonios fueron acercados por escrito a lo largo de los años. La Comisión Histórica trabajó incansablemente con un material realmente excepcional por su cantidad y variedad, produciendo un informe que excede en mucho lo normal en estos casos.

Es así que la causa tiene ya más de trece mil cien folios, un volumen realmente notable, pero en el que nada sobra. Es la prueba de la figura extraordinaria, prolífica y notable de Enrique Shaw.

Cerramos hoy una etapa, y se abre otra, en Roma, donde la Congregación para las Causas de los Santos tendrá que estudiar este riquísimo material y confirmar que el Siervo de Dios Enrique Shaw vivió de modo heroico las virtudes cristianas.

Pero también a todos nosotros nos quedan dos tareas pendientes. Una, es continuar y hacer fructificar las obras iniciadas y promovidas por Enrique y que hoy conservan tanta vigencia y vitalidad. La otra, más personal, es pedir por medio de la oración a Dios Nuestro Señor, que por la intercesión del Siervo de Dios nos conceda signos visibles de su santidad. Orar, y comunicar las gracias recibidas, que sin duda serán abundantes.

Muchas gracias.